

# Mandala

Helena Paz

*A Jaime Muñoz de Baena*

Hay una fuente  
en el centro de su alma  
guardada por cuatro ángeles  
a los que tendrá que vencer  
antes de hundirse en sus aguas profundas.

De allí surgirá  
vestida de lino blanco  
para probar del caldero que jamás se vacía  
en las salas del palacio.

El Ángel  
del ángulo derecho  
lleva una espada de hielo  
ropaje escarchado en el que ondulan glaciares  
cabellos de estalactitas  
y ojos en los que aparece  
la imagen de la Reina de las Nieves.  
La Reina  
le hace una señal y lo invita a correr  
por las calles de la ciudad del Norte.

En su trineo  
tirado por caballos blancos  
lejos de las habitaciones  
y las calles familiares  
en el mundo entrevisto  
un alba pálida  
de una mañana cuando iba a la escuela  
su silueta bailaba entre copos de nieve  
su rostro transparente  
contra los cristales  
del otro lado,

la escarcha que dibujaba su cara  
iluminaba las ventanas.

Una bocanada  
de aire helado invadía la cocina,  
en donde  
la cocinera se afanaba,  
trayendo los olores de un país presentido,  
más real,  
el país imaginado por los niños.  
¡Abandona los árboles de Navidad que llamean en la noche!  
¡Y las calles surcadas  
de estudiantes que se deslizan  
cantando  
en las montañas con sus antorchas en alto!  
Y síguela  
allá arriba, siempre más alto  
hacia el Norte.  
Allá, donde la vieja lapona  
que cabalga a los renos no llega.  
Síguela  
al silencio de los bosques nevados  
para vivir  
en su fortaleza de hielo y corredores tintineantes  
surcados  
por borrascas de nieve.

El Ángel  
del costado izquierdo  
lleva una espada de jade.  
El Ángel Verde  
de túnica de bosques de los Alpes,  
donde sus amigos de infancia  
corren sin aliento entre los pinos.  
En el bosque  
florecido de gencianas  
entre los matorrales olorosos de grosellas  
el claro se abría  
umbroso bajo los robles  
y ellos se raspaban las rodillas.

Allí, su primer amor de doce años  
la frente atravesada por una mecha rubia,  
le ofrecía  
un pedazo de chocolate mostrándole  
cómplice,

el hueco de un castaño donde escapar de sus perseguidores.  
El tronco protector se abrió  
para envolverlos de una materia verde.  
De pronto  
un cuervo cruzó el cielo  
como un presagio  
del mundo verdadero que los esperaba  
fuera del bosque de la infancia.

Enfrente  
un ángulo translúcido  
y todos los vientos del verano.  
Un zumbido de abejas  
el trigo de sus cabellos  
y la brillante aureola  
de la que escurre miel  
que cae sobre sus mejillas soleadas.  
Su túnica  
tejida de amapolas  
bordada de lagos de verano  
en los que navegan jóvenes sobre veleros blancos  
en las pequeñas ciudades empavesadas  
para las regatas.

La noche no cae nunca  
en el verano del Norte.  
La noche, luz azulada  
donde las jóvenes de cabello platino y traje claro  
viven en el interior de un ópalo,  
y bailan  
alrededor del fuego de san Juan  
para luego desaparecer  
en el bosque  
llevadas por sus amores de veinte años.  
La túnica del Ángel se incendia repentinamente.  
Ella arriesga desaparecer  
como las otras  
en los brazos que la arrastran bailando  
hasta la veleta de los campanarios.

Un vuelo frágil  
las últimas golondrinas abandonan el bosque  
y el cuarto Ángel se aproxima  
con su túnica de otoño  
la tierra húmeda

el olor de las hojas secas  
 los pasos de los cazadores  
 y los hilos de la Virgen tendidos de rama  
 en rama.  
 Las últimas rosas se marchitan  
 y la melancolía  
 de pasos de lluvia se apodera de nuestras almas  
 con una música  
 alguna vez oída, y la nostalgia de lo que no se hizo.

El cuarto serafín  
 de oro, gris y azul  
 es el más difícil de vencer.  
 Con su sonrisa triste  
 canta la canción brumosa  
 de todos los cafés iluminados en la noche  
 o en la boca del Metro  
 donde la vieja vende las castañas  
 y nos las tiende  
 envueltas en papel periódico.  
 Canta también  
 en las estaciones de los trenes expresos  
 que van a las ciudades nuevas  
 para nosotros:  
 Hamburgo, Copenhague, Bremen, Ámsterdam.  
 Ciudades que todavía  
 no han visto el rostro de nuestra derrota.  
 Ciudades vírgenes de nuestro ridículo  
 donde esperan aún  
 las bellas mujeres enigmáticas:  
 espías, condesas de Europa Central  
 arruinadas,  
 que íbamos a conquistar.  
 Es él, el Ángel de los emigrados.  
 Los expatriados de la Europa Central  
 de Transilvania  
 y de los países del Mar Báltico  
 que ya no existen.  
 En las manos del Ángel  
 el organillo canta  
 la canción de las esquinas y las plazas  
 de las ciudades del Danubio  
 que ya ningún vagabundo canta.  
 Porque la mendicidad  
 ahora, está reprimida por la Policía del Pueblo.